

Javier García Fernández

**RAMAS Y RAÍCES
DE LA VEGA**

**ESDRÚJULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, mayo 2025

© Javier García Fernández, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Ana María Galindo

Impresión: Centro Gráfico Digital

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 696-2025

ISBN: 979-13-990393-2-0

Impreso en España · Printed in Spain

Ramas y raíces de la vega

Capítulo 1: El hombre detrás del nombre

De mi abuelo apenas sé nada, y de mi familia paterna en general, tampoco demasiado. Solo conocí a mi padre, su madre y un primo suyo que vive en Valencia, a quien he visto dos veces en mi vida. Tres personas. Tres rostros. Esa es toda mi conexión con la rama paterna de mi familia.

Mi abuelo, Francisco García Mazuecos, es poco más que un nombre y una vieja fotografía que mi padre me dio en 2002, cuando estudiaba laboratorio de imagen. «A ver si puedes arreglarla», me dijo. La foto tenía una arruga en el centro que atravesaba el rostro de mi abuelo, como una cicatriz de pirata. La restauré para una asignatura de *Photoshop*, y creo recordar que me pusieron buena nota.

En ese momento no sentí nada especial. Mi abuelo era solo un desconocido más, alguien que existió, pero no formaba parte de mi vida. Pasaron muchos años antes de que empezara a pensar en él. Fue cuando cumplí los cuarenta, ya lejos de Granada, cuando algo cambió. De pronto sentí una necesidad inexplicable de saber más sobre ese hombre que, aunque ausente, formaba parte de mi historia.

Lo único que sabía era que murió cuando mi padre tenía once o doce años. Que había sido terrateniente en la Vega de Granada. Que antes de casarse con mi abuela, había estado casado con otra mujer que murió en el parto de su segundo hijo. Un hombre viudo que tardó años en rehacer su vida con mi abuela, muchos años más joven que él.

Con esos pocos datos, empecé a imaginarlo. ¿Cómo sería su día a día? ¿Cómo sobrevivió a la muerte de su primera esposa? ¿Qué vio en mi abuela para comenzar de nuevo? Cuanto más pensaba, más historias inventaba. Lo veía como un buen patrón respetado por los labradores pobres, como un viajero incansable que finalmente decidió sentar cabeza, o como un hombre solitario que recorría la Vega de Granada con su escopeta al hombro. Cada día era un personaje distinto, y todos me resultaban igual de intrigantes. ¿Quién era Francisco García Mazuecos?

Cansado de inventar y llevado por una extraña necesidad de saber de él, decidí buscar respuestas. Entré en un grupo de genealogía de Granada en Facebook. No sabía por dónde empezar, así que escribí un mensaje sencillo:

«Muy buenas a tod@s, y muchas gracias por el fantástico trabajo que hacéis poniendo luz a tanta oscuridad. Me gustaría pedir ayuda para encontrar algo de información de mis abuelos paternos:

Francisco García Mazuecos, nacido creo que en Valderrubio (antes Asquerosa), sobre 1900-1905, y fallecido sobre 1962. Se casó en segundas nupcias con mi abuela, **María Romero Rueda**, nacida creo que en Montefrío. Ella está enterrada en el cementerio de Granada desde 1997.

Si alguien pudiera ayudarme, se lo agradecería muchísimo.»

Dejé el mensaje en el grupo y me fui a dormir. Era ya de madrugada y la noche empezaba a clarear. Esa noche soñé con él por primera vez. Caminábamos juntos por un campo de olivos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El sol teñía el cielo de naranja y, mientras andábamos, las aceitunas caían sobre nuestras cabezas cuando agitábamos las ramas. Nos reíamos, como si nos conociéramos de toda la vida. Lo miraba con cariño y me sentía a gusto a su lado. Me quedé esperando a escuchar su voz, a saber si era grave o suave, pero solo había silencio: el susurro del viento, las chicharras y el crujido de la tierra bajo nuestros pies. Era una paz extraña, cálida, como si me reencontrara con una parte perdida de mí mismo.

Al día siguiente, mientras tomaba té verde en la terraza de mi casita en un pueblo cerca de Segovia, volví a pensar en el sueño, en cómo me había sentido. Desde mi casa se extendían campos de girasoles que parecían bailar con la brisa, y todo estaba en calma, como un eco del sueño. Después de meses de sentirme perdido tras mi separación y mi huida de Madrid, ese pequeño instante de conexión me dio algo que hacía tiempo no sentía: pertenencia.

Más tarde, encendí el ordenador para preparar una sesión de terapia con mi psicólogo. Mientras meditaba con los ojos cerrados y entraba en el ritmo que quería y necesitaba para las charlas con Olmo, una notificación interrumpió mi concentración. Era un mensaje del grupo de genealogía. Alguien llamado Felipe había respondido:

«Creo que vas a tener suerte, especialmente con los Mazuecos. La línea de ese apellido llega hasta 1600 y, en cierto punto, enlaza con los ancestros de Federico García Lorca. Si me pasas un e-mail, te envío información por privado.»

Sentí un escalofrío. ¿Federico García Lorca? Mi ánimo se transformó de inmediato, ya no pensé en la meditación, ni siquiera en la sesión de terapia que tenía en poco más de 30 minutos por videollamada. Estaba tan nervioso y excitado por lo que había leído, que los cigarros sustituyeron al incienso y la música zen que tenía puesta la cambié por Río ancho, de Paco De Lucía, más acorde con lo que sentía. Mi mente estaba en otro sitio: en la Vega de Granada, en el abuelo que no conocí y en lo que estaba por descubrir. Francisco García Mazuecos, aquel hombre del que apenas sabía nada, era ahora la llave a una historia mucho más grande de lo que jamás imaginé.